

12

clama vd mi mano desde luego puede vd
disponer de ella; pero si vd quiere mi
amor y mi ternura, le ruego que me con-
ceda un plazo para resolverme.— Si acaso
amara yo á otro, si conservara una espe-
ranza alimentada desde mi niñez, si pro-
fundizara un si tal en el altar, le parece-
ría á vd, Doctor, que pasaba dignamente
sus servicios. A mi vez le ruego que no
se entibie y mande á sus siervos
que le desca fidelidad.

Y tanto días tuve de ternura y delirio; pen-
sé suicidarme, pensé abandonar mi país y
echarme por el mundo como el indio erran-
te, pensé llenar de balcones é ventanas á
Cecilia, pensé al fin lo mejor, que fue casar-
me con ella, y decirle que podía dis-
poner de su corazón y de su mano.

Era de noche: el balcón despedía mucha
luz y esto me sobresaltó. Abí la puerta,
subí la escalera y oí que rezaban un sa-
cro. El corazón me latió fuertemente y la
sangre se me heló. Empuñé la puerta y vi
cuatro velas de cera y en el centro tendido
un cadáver.

—Acabe, vd, Doctor, le interrumpí;
quién era el cadáver?

—Cecilia, amigo mio.

El Doctor sacó su pañuelo y se limpió los
ojos.

EL MINERAL DE PLATEROS.

TRADICION.

EL MINERAL DE PLATEROS.

TRADICION.



Este mineral se halla situado en el Departamento de Zacatecas y distrito de Fresnillo, y dista de este último punto poco más de una legua. Su origen, según cuentan, parece que fué el siguiente: Unos plateros conduciendo en un cajón una imagen de Cristo crucificado, para el rumbo de Durango, se vieron asaltados de un recio aguacero, y tuvieron por esta causa que pasar la noche en unas pequeñas lomas inmediatas al Fresnillo. La tormenta había cesado, así es que nuestros impávidos artistas encendieron una gran lumbrada, y colocando en orden y seguridad así su divina carga como el resto de su bagage, se sentaron al rededor del fuego á saborear unas cuantas "gordas de maíz" y unos excelentes trozos de "cecina." Debe suponerse que amigos, viajando y con los estómagos llenos, darian

libre curso á sus lenguas. En efecto, platicaron de ladrones, de tempestades, de ríos crecidos; en fin, de todas esas maravillas que sorprenden á los viajeros. La conversación recayó sobre cuestiones aritméticas, y resultó naturalmente, el que hicieran un escrupuloso balance de sus haberes. Entre todos reunían apenas veinte pesos.

—Si Dios nos diera dinero... exclamó uno de ellos con tono melancólico.

—Nada es imposible para su Majestad, contestó el otro.

—Ya se ve que no; pero no veo cómo podamos nosotros hacernos ricos.

—Vamos, estás fresco. Para Dios no hay imposibles! “Si Dios lo quiere dar, por la gatera se ha de entrar.”

—Pero es menester pedirlo.

—Pues pidámoselo.

Los plateros se arrodillaron delante del cajón que contenía el Santo Cristo, le rezaron fervorosamente un Credo, y envolviéndose después en sus “mangas,” se acercaron cerca de la lumbrada, y probablemente se durmieron.

A la mañana siguiente, el viento había disipado las cenizas de la lumbrada, y los primeros rayos del sol reflejaron sobre un nítido y brillante tejó de plata.

Los plateros no siguieron adelante con la imagen, sino que comenzaron á trabajar las minas, y á poco tiempo edificaron una capilla al Señor de Plateros. No salgo res-

ponsable de la verdad de esta narración: el hecho es que las minas y la capilla existen hoy.

Una tarde me invitó un amigo á dar un paseo por el mismo mineral. Fuimos en efecto. Nada hay más triste ni más melancólico que este sitio: un arroyo seco: unas cuantas casas de adobes grises esparcidas al pié de una lomita: un horizonte de colinas parduscas y sin vegetación,—tal es Plateros; en cambio, dicen que es muy rico, y que sus vetas de “plata verde” salen hasta la superficie de la tierra. Como mis conocimientos en mineralogía no me permitían cerciorarme de esto, insté á mi compañero para que nos dirigiéramos á la iglesia. A propósito, ella es de una arquitectura de buen gusto, y demasiado grande y amplia para los poquísimos fieles que tiene hoy dicha población. Antes de entrar, me dijo mi compañero, tengo que contarle á vd. una tradición.

—Es de Ud. la palabra, le respondí; precisamente si los botánicos andan á caza de yerbas, y los mineros de vetas, yo me salgo de misa por oír una tradición.

Una vez venía un pobre por el camino, arriando un delgado y pequeño asno: el asno estaba cargado de un cajoncito, y el cajoncito lleno de aretes, zoguillas, tumbagas, espejos y otras chácharas de mercería. Mi hombre era lo que puede llamarse un buhonero. Llegado que hubo á la grieta de

una loma, descargó al asno, y dejándolo pacer libremente la yerba, se sentó sobre las mantas del aparejo. A poco rato llegó otro individuo, ambos platicaron, fumaron su cigarro y se acostaron tranquilamente. Ya se ve, eran hermanos, viajaban juntos y especulaban en compañía. El que conducía el asno se durmió á poco momento; pero el otro, á quien llamaremos Francisco, se puso á discurrir, que si él fuera el dueño del dinero y efectos de su hermano, tendría más utilidades, sin necesidad de sujetarse á voluntad ajena. Este pensamiento, que lo sopló Satanás en su alma, trató de llevarlo á cabo. Observó la respiración de su hermano, y cerciorado de que dormía profundamente, se levantó, y de puntillas, conteniendo el aliento, con la boca entreabierta y los ojos inquietos y extraviados, levantó un gran pedrusco negro, y colocándolo sobre la cabeza de su hermano, que tan seguro y confiado dormía, lo dejó caer. Un traquido sordo anunció que el cráneo se había hecho trizas. A poco momento un raudal de sangre brotó de debajo del peñasco. Apenas el agresor vió humedecerse y correr por las peñas el licor rojo, cuando, como otro Cain, corrió frenético de una parte á otra, smésándose los cabellos y dándose de cabezasos contra las piedras; por fin, desolado se dirigió á la capilla del Señor de Plateros y allí derramó un torrente de lágrimas y pidió al Señor misericordia. — El pobre dia-

blo, á pesar de que la justicia de la tierra mexicana no estaba de lo más expedita, temía también verse en una hórca.—El caso es que lloraba mucho, que golpeaba su frente pectoral contra las gradas del altar, y que decía al Señor á voz en cuello, que era un malvado criminal; pero que lo perdonara y lo salvara.

En esto una suave palmada que sintió en el hombro, le hizo volver la cara.

—¡¡¡ Hermano!!!... ¡Piedad!... si eres una sombra, si has venido de la otra vida, perdóname.

—Buena socarra tienes en dejarme solo y dormido, le contestó el hermano, sin cuidar del asno, ni del cajón.

—Hermano, yo te he matado.

—¿Matado?... replicó el otro, registrándose maquinalmente el cuerpo con la vista.

—Sí, te he arrojado una piedra en la cabeza, y he visto correr tu sangre y saltar tus sesos.

El hermano recorrió su cabeza con la mano, y aunque no halló herida, notó que experimentaba un leve dolor.

—Pero hermano, cuéntame....

—Soy un malvado, un criminal; te he matado; pero el Señor ha visto mi arrepentimiento y te ha vuelto la vida. Recemos. Los dos hermanos cayeron de rodillas y oraron largo rato; después fueron al sitio donde acaeció el asesinato, y vieron, en

efecto, la piedra todavía con la sangre caliente.

Al llegar aquí la narración, me dijo mi amigo, viendo que yo abría tantos ojos: —Entre Ud., verá la piedra. De facto, entré, y en un rincón de la capilla ví y tenté un pedrusco negro, capaz, no digo de demoler la cabeza de un hombre, sino la de un elefante. Tampoco salgo responsable de este milagro; es una tradición que cuento al lector como á mí me la refirieron.



LA VÍSPERA
Y EL DIA DE UNA BODA.
